

Entre lavados y costuras. La ciudad de Buenos Aires vista a través del trabajo femenino en la segunda mitad del siglo XIX

GABRIELA MITIDIERI

Instituto de Investigaciones de Estudios de Género, Univ. de Buenos Aires

gmitidieri@gmail.com

Resumen: ¿Qué dimensiones de la ciudad se pueden llegar a conocer al estudiar sitios, circuitos y arreglos de trabajo femenino en Buenos Aires a mediados de siglo XIX? El presente artículo propone explorar espacios donde diferentes mujeres se ganaron la vida, y distinguir qué cambios que atravesó la ciudad y su población abrieron nuevas posibilidades de trabajo femenino. A través de un estudio de fuentes censales, prensa de la época, expedientes policiales y judiciales, actas de colocación y anuarios comerciales, esta pesquisa se propone reconstruir la labor de lavanderas y modistas y explorar su rol en la vida cotidiana de aquella ciudad. Prestar atención a sus experiencias permite distinguir jerarquías y desigualdades atravesadas por género y raza que incidieron en las formas diferenciales de habitar la ciudad en el contexto de una alternancia de proyectos políticos que a su vez impactaron en los contornos físicos y jurídicos de aquel centro urbano.

Palabras clave: trabajo femenino, siglo XIX, ciudad de Buenos Aires, historia social en perspectiva de género

Recibido: 16 de febrero de 2023. **Aprobado:** 25 de junio de 2023.

A mediados de siglo XIX, en torno al centro político y económico de la ciudad, alrededor de la Plaza de la Victoria, del antiguo Cabildo y de la Catedral de Buenos Aires, se encontraban los principales comercios, tiendas y talleres de confección de indumentaria, librerías, bares y gabinetes ópticos y fotográficos. Junto a las sastrerías, abundaban las tiendas de modista francesas en la céntrica calle Perú: se trataba de locales que también funcionaban como viviendas de artesanas y, en ocasiones, de sus hijas y aprendizas.¹ Al alejarse algunas cuadras más allá, a no más de cinco minutos a pie hacia el este, se llegaba a la costa del Río de la Plata. Era un trayecto recorrido cotidianamente por lavanderas —en su mayoría, afrodescendientes— que llevaban atados de ropa sobre sus cabezas hasta la ribera. A espaldas de la plaza, hacia el oeste, se extendían las parroquias más alejadas, aquellas de calles de tierra, en las que aún se distinguían construcciones de adobe y paja. En algunas de ellas residían lavanderas y sus familias. Más allá de esas parroquias que lindaban con el centro, comenzaba una primera periferia rural de quintas que producían hortalizas para vender en los mercados de abasto.

A contramano de aquellos estudios que consideraron prioritario analizar oficios masculinos considerados calificados y sus primeras organizaciones gremiales en la segunda mitad del siglo XIX,² el presente artículo busca centrar la mirada en dos actividades laborales femeninas, relevantes para aproximarnos al funcionamiento diario de la ciudad: el trabajo de modistas y de lavanderas. ¿Quiénes, cómo y dónde proveían de ropa elegante a las mujeres de la ciudad? ¿Por qué distintos circuitos se movían aquellas que aseguraban la limpieza de los vestuarios de toda la población de Buenos Aires? Ambas ocupaciones cargaron por aquel entonces con peculiares marcas étnico-raciales: la de modista era una labor habitualmente realizada por inmigrantes francesas, mientras que en el lavado de ropa se encontraban sobrerrepresentadas las mujeres africanas y sus hijas nacidas en la ciudad. De acuerdo al censo realizado en el año de 1855, africanas y francesas eran señaladas como aquellas que ostentaban la tasa de actividad laboral más alta en el mercado de trabajo de Buenos Aires. Por todo esto, un foco puesto en ellas permite, en primer lugar, reconocer de qué manera los trabajos de mujeres resultaron centrales en la construcción cotidiana de la ciudad. En segundo lugar, observar sus trayectorias hace posible distinguir el modo en el que se organizaron las jerarquías de un mercado de trabajo siguiendo líneas de género y raza, en un contexto de apertura a la inmigración europea en el que un reciente pasado esclavista continuaba permeando ciertas dinámicas laborales.

¹ Xavier Marmier, *Buenos Aires y Montevideo en 1850* (Buenos Aires: El Ateneo, 1948), 27-28.

² Ricardo Falcón, *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)* (Buenos Aires, CEAL, 1984), 33.

Distintas investigaciones han indagado en las transformaciones de la ciudad de Buenos Aires en las décadas de 1850 y 1860. En su estudio, Andrés Masan observó cómo la proliferación de novedades en materia de publicaciones periódicas tras la caída del gobierno de Juan Manuel de Rosas en 1852, así como de circulación de imágenes fotográficas –daguerrotipos, exhibición en gabinetes ópticos– fue moldeando una nueva cultura visual urbana en aquellos años.³ Previo a su trabajo, la indagación de Rodolfo Giunta desde la perspectiva de la historia de la arquitectura arrojó luz acerca de algunas de las alteraciones de la ciudad en esos mismos años al calor de la instalación y luego expansión del ferrocarril, la difusión de la iluminación a gas en las principales vidrieras céntricas y la creación de nuevos mercados de abasto.⁴

Por su parte, una pesquisa ya clásica de Luis A. Romero e Hilda Sabato buscó reconstruir la formación de un mercado de trabajo urbano en Buenos Aires entre mediados de siglo XIX y 1880 atendiendo a la heterogeneidad existente entre actividades artesanales, ciertas pautas de industrialización y un nutrido bolsón laboral femenino –entendido como de baja calificación y pobremente remunerado– que incluía sirvientas, costureras y lavanderas.⁵ La consolidación de dicho mercado –entendido como predominantemente libre y asalariado– era un indicio para ellos de la renovación urbana que estaba teniendo lugar en Buenos Aires. Más cercana en el tiempo, la investigación de Cecilia Allemandi centrada de modo privilegiado en el servicio doméstico urbano, realizó un aporte al enlazar las formas en las que se organizó ese rubro laboral con los cambios que iba sufriendo la ciudad capital de Argentina sobre el final del siglo XIX y comienzos del XX. Allemandi mostró cómo al colocar el foco en las labores de sirvientas, criados y nodrizas, era posible poner en tensión la asociación lineal entre modernización urbana y extensión del trabajo libre y asalariado.⁶

En una línea afín, este artículo busca dar cuenta de las transformaciones urbanas que constataron distintas investigaciones al escudriñar las décadas centrales del siglo XIX. Pero plantea un punto de mira particular y se deja guiar a lo largo y ancho de la ciudad por la actividad de dos grupos de trabajadoras –modistas y lavanderas–, reconstruyendo distintos sitios de la

³ Lucas Andrés Masan, “Imágenes de una ciudad ansiosa. Sensibilidad visual en la prensa porteña de la década de 1860”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, vol. 19, 2 (2019-2020): 1-19.

⁴ Rodolfo Giunta, *Metáforas en pugna. Una modernidad imaginada en la ciudad de Buenos Aires entre 1862 y 1880* (Tesis doctoral en arquitectura. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo. Universidad de Buenos Aires, 2017).

⁵ Hilda Sabato y Luis A. Romero, *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado. 1850-1880* (Buenos Aires: Sudamericana, 1992).

⁶ Cecilia Allemandi, *Sirvientas, criados y nodrizas. Una historia del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires (fines del siglo XIX y principios del XX)* (Buenos Aires: Teseo, 2017).

ciudad de Buenos Aires a mediados de siglo XIX, sus cambios y permanencias.

Estudios desde la historia urbana también brindan claves de análisis significativas para indagar en las experiencias de trabajo de Buenos Aires a mediados de siglo XIX. Como señalan Alev Cinar y Tomas Bender, las ciudades habitadas son también ciudades imaginadas de manera compartida, en donde resuenan lazos translocales. La ciudad es así reproducida por actos de imaginación que echan raíces en espacios materiales y prácticas sociales.⁷ En una ciudad como Buenos Aires en la que por aquel entonces el 40% de su población era de origen migrante, ¿qué rol habría jugado en esa vivencia de la nueva ciudad el conocimiento de otras trazas urbanas o de edificaciones, sitios de esparcimiento, mercados?

Reconstruir experiencias y trayectorias de trabajadoras no es tarea fácil. Se trata de sujetos que pocas veces dejaron registro de puño y letra, que no nos legaron autobiografías o correspondencia y que solo en ocasiones fueron consideradas por funcionarios estatales o policiales. Tales ocasiones constituyen momentos preciosos para historiadores e historiadoras, ya que permiten asomarnos a porciones de estas vidas y recuperar información valiosa, aunque fragmentaria. Es por ello que este análisis privilegia un enfoque microhistórico, en el que se sigue la pista del nombre propio para hilvanar esas presencias a través de distintos fondos documentales: censos de población, anuarios comerciales, documentación policial y judicial, avisos clasificados, entre otras.⁸ Entre estas fuentes, una muy especial para esta investigación ha sido el análisis de cédulas censales producidas en 1855. No solo permiten distinguir vínculos familiares, lugar de procedencia, edad, estado civil y alfabetización. También aportan información sobre el material del que estaban hecho los sitios de morada o sobre relaciones de dependencia laboral que resultan particularmente relevantes para la reconstrucción histórica que aquí se ofrece.

Tal como hemos aprendido de maestras pioneras en el arte de rastrear los pasos de aquellos y aquellas que dejaron huellas elusivas en los archivos, se busca distinguir posibilidades históricas que estuvieron al alcance de estas distintas mujeres, en este tiempo y lugar. Cada vez que no puede afirmarse con contundencia, dado el mencionado carácter fragmentario de las fuentes, se opta por recurrir a los condicionales, los "quizás", los "tal vez".⁹ Puede que resulte disonante, acostumbradas como estamos a historias androcéntricas

⁷ Alev Cinar y Thomas Bender, *Urban Imaginaries: Locating the Modern City* (Minnesota: University of Minnesota Press, 2007), xi-xii.

⁸ Carlo Ginzburg y Carlo Poni. "El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico", *Historia Social*, 10 (primavera-verano, 1991): 63-70.

⁹ Natalie Zemon Davis, *El regreso de Martin Guerre* (Madrid: Akal, 2013), Prefacio e Introducción.

con pretensión de verdad universal. Hacerles justicia a estas experiencias menos audibles es reconocer tanto el carácter artesanal del oficio de la historia como los límites de los materiales con los que trabajamos.

El artículo se organiza en tres apartados: en el primero, repaso las distintas ocupaciones femeninas en la ciudad y sus remuneraciones y luego me detengo en los circuitos y formas de trabajo de las lavanderas. En el segundo, me interrogo por aquellos espacios donde las modistas establecieron sus tiendas y por los arreglos laborales en los que estuvieron insertas. Luego, planteo algunas preguntas sobre posibles tensiones y conflictos atravesados por relaciones racializadas que pudieron haber tenido lugar en esa ciudad. En un apartado final, sintetizo los principales aportes de la investigación y planteo preguntas abiertas que guiarán futuras pesquisas.

Trabajos de mujeres en Buenos Aires

En esta ciudad puerto de 90.000 habitantes, como en tantas otras urbes abiertas al Atlántico durante el siglo XIX, resonaban a su vez ecos de territorios próximos y distantes. Los centros urbanos eran sitios de encrucijadas, de entrecruzamiento de flujos (de ideas, de personas, de comercio), de conexiones directas entre metrópolis o entre metrópolis y periferias, cuya evocación las hacía aparecer más cercanas de lo que en realidad estaban.¹⁰ En un estudio clásico, la demógrafa histórica Gladys Massé luego de sistematizar información del censo de población de 1855 y tomar en consideración las ocupaciones laborales de mujeres de 15 años o más, concluyó que existía una tasa de actividad femenina del 56%, levemente superior para las migrantes (58%) que para las nativas (55%). Es posible señalar que, dada la sub-representación del trabajo femenino en estos primeros censos de la etapa estadística, así como la existencia de trabajo infantil femenino, tal vez esos porcentajes fueran incluso mayores. De acuerdo a su investigación las principales ocupaciones podían ser consideradas prolongaciones de tareas del hogar (sirvientas, mucamas, lavanderas, planchadoras, etc.) o en el sector de la confección (costureras, modistas). Una escasa proporción de entre las ocupadas aparecían trabajando junto al jefe de familia (pulperas, agricultoras). En el cuadro incluido debajo, elaborado a partir de los datos sistematizados por Massé, puede observarse la cantidad de mujeres ocupadas en dichos rubros.¹¹

¹⁰ Andrew K. Sandoval-Strausz y Nancy H. Kwak (eds.) *Making Cities Global: The Transnational Turn in Urban History* (Pennsylvania: University of Pennsylvania Press, 2017), 1-14.

¹¹ Gladys Massé, "Participación Económica Femenina en el Mercado de Trabajo Urbano al promediar el Siglo XIX", *Revista La Aljaba SE*, vol.1 (1996): 96. En

| Ocupaciones | Cantidad de mujeres ocupadas |
|-----------------------|------------------------------|
| Costureras | 5.844 |
| Sirvientas/mucamas | 2.879 |
| Lavanderas | 2.879 |
| Pulperas/agricultoras | 339 |
| Cigarreras | 614 |
| Otras ocupaciones | 5.047 |
| Total | 17.602 |

Algunos años más tarde, de acuerdo al censo realizado en 1869, existían en la ciudad 7.097 costureras, 194 modistas y 3.351 lavanderas.¹² ¿Cuánto recibirían en dinero estas mujeres por su trabajo? A mediados del siglo XIX, las remuneraciones solían ser por jornal. Mientras un peón de albañil o un zapatero percibían entre 25 y 30 pesos por día, las costureras y las lavanderas alrededor de 15. Una modista podía llegar a ganar entre 20 y 25 pesos, mientras que un sastre hasta 40 pesos por día. No abundaban los oficios que percibían salarios mensuales. Entre ellos, los cocheros ganaban alrededor de 600 pesos y los maestros de escuela aproximadamente 1.200.¹³

Para trabajadores y trabajadoras que solían circular por la ciudad, eran pocas las calles empedradas en torno a la Plaza de la Victoria y al alejarse de allí, verían crecer en las aceras la hierba “como en pleno campo”, mientras que en la calle sin pavimento se formaban unas “especie de zanjas” de donde en verano salían torbellinos de arena que en invierno se convertían en pantano intransitable.¹⁴ Una caminata desde el centro hacia los sitios de morada de las lavanderas María Baldés, sus hijas Eugenia y Juana; de Gabriela Savala y de María Vega y su hija Teodora revelaría sin duda el modo en el que el paisaje iba cambiando conforme se avanzaba hacia el oeste de la ciudad.

El 17 de octubre de 1855, un censista enviado por la mesa de estadística del gobierno de Buenos Aires ingresó al rancho propiedad de la morena María Baldés. La casa estaba situada en la parroquia de La Piedad, donde dos años más tarde se inauguraría la primera estación de ferrocarril del territorio. Al preguntarle a Baldés por su lugar de nacimiento, el funcionario anotó “Conga”. La mujer tenía al momento del censo 70 años de edad, era viuda, declaraba el oficio de lavandera y decía residir en la ciudad desde el año

este estudio, no se encuentra desagregada la proporción de modistas en el censo de 1855.

¹² *Primer Censo de la República Argentina*. Con la dirección de Diego G. de la Fuente (Buenos Aires: Imprenta del Porvenir, 1872), 66-70.

¹³ Listado de Jornales publicado en *El Nacional*, 01/08/1855, p.1.

¹⁴ Marmier, *Buenos Aires y Montevideo en 1850*, 21.

1800.¹⁵ María habría arribado como esclavizada a Buenos Aires a los 15 años. Era parte de los alrededor de 70.000 trabajadores y trabajadoras forzadas que entre la creación del Virreinato del Río de la Plata y el fin de la trata esclavista ingresaron a Buenos Aires en calidad de esclavos. Habitaban con María sus dos hijas nacidas en el país, –Eugenia, de 35 años, y Juana, de 18–, quienes compartían con su madre el oficio de lavanderas. También propietaria era Josefa Pais o Piñero. Declaraba que tenía 70 años, igualmente de nacionalidad “conga” y residía en la ciudad desde hacía 49 años. Junto con ella vivían sus hijas Petrona, planchadora, de 20 años y Alejandra, de 25 años, de ocupación lavandera. Su hijo José, de 18 años, había sido registrado como jornalero, esa elusiva figura laboral que decía más de la forma en la que se lo contrataba y remuneraba que acerca de aquello que hacía.¹⁶ Tres cuadras hacia el oeste, ya en la parroquia de Balvanera, residían María y Teodora Vega. María tenía 70 años de edad, era de nacionalidad conga y declaraba que residía desde 1815 en Buenos Aires. Su hija Teodora contaba 30 años de edad. Ambas eran lavanderas.¹⁷ Además de compartir un oficio y residir en una misma zona de la ciudad, estas mujeres tenían en común haber conocido de cerca la experiencia de la esclavitud y formar parte de una de las veintiséis Sociedades Africanas que existían en Buenos Aires, la Sociedad Congo Angunga, cuya sede quedaba próxima a sus domicilios.¹⁸

¹⁵ Censo de Población de Buenos Aires, 1855. Parroquia de La Piedad, cuartel 28°, cédula 131.

¹⁶ Censo de Población de Buenos Aires, 1855. Parroquia de La Piedad, cuartel 28°, cédula 150.

¹⁷ Censo de Población de Buenos Aires, 1855. Parroquia de Balvanera, Cuartel desconocido, cédula 7.

¹⁸ AGN, Sala X, 31-11-05, “Sociedades Africanas” - Sociedad “Congo Angunga”. Padrón de socios, 5/5/1858.

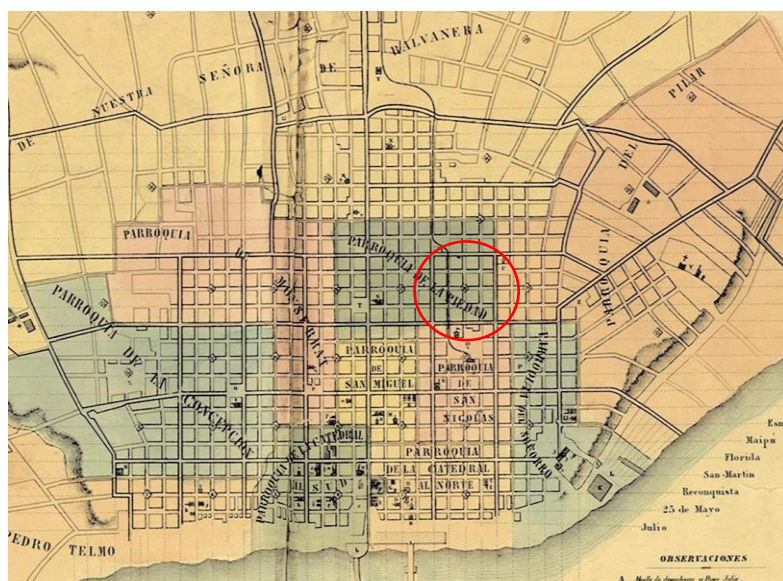


Imagen 1. Señalización sobre recorte de “División eclesiástica de la ciudad de Buenos Aires”, 1859.¹⁹

1. Casa de inquilinato de Gabriela Savala.
2. Casa de María Baldés.
3. Casa Familia Piñero.
4. Casa Sociedad Africana Congo Angunga.

A comienzos de la década de 1820, durante el gobierno de Bernardino Rivadavia, se habían establecido políticas para el fomento y regulación de las asociaciones de africanos y africanas, quienes en muchos casos se encontraban sujetos a esclavitud. En el “Reglamento para el Gobierno de las Naciones Africanas dado por el Superior Gobierno”, de 1823, se señalaba que entre los objetivos de tales organizaciones debía estar el intento de comprar la libertad

¹⁹ Fuente: Taullard, Alfredo. *Los libros más antiguos de Buenos Aires: 1580-1880* (Buenos Aires: Jacobo Peuser SA, 1940).

con sus fondos de “todos aquellos socios que se hagan dignos de ello por su moral y su industria, los cuales quedarán obligados a rembolsar la cantidad de su rescate”.²⁰ La Sociedad Africana Congo Angunga se encontraba en funcionamiento desde la década de 1830, momento en el que algunas de sus integrantes más antiguas tal vez fueran todavía esclavas. Pero, ¿qué propósitos tenían las sociedades en la década de 1850?

Hacia 1855 la Sociedad Abayá cumplía en hacer llegar su respectivo estatuto. Señalaban allí que formaban la asociación

“con el fin de auxiliarnos y favorecernos recíprocamente en los casos de enfermedad o muerte de cualquiera de los socios como también de divertirnos reunidos en los días festivos, nos hemos congregado un número crecido de personas de ambos sexos de color y dispuesto de un capital suficiente a los objetos de la institución”.²¹

Se trataba de espacios en los que la ayuda mutua y la diversión colectiva de estos trabajadores y trabajadoras de la ciudad ocupaban un lugar central. Asimismo, ellos y ellas afirmaban que en la base de su congregación estaba el “color” de sus miembros, y también se hacía referencia a un lugar de origen compartido, por lo general la ciudad-puerto en la que habían sido embarcados desde el continente africano. Sobre esto último, cabe agregar que existían dos grandes circuitos de tráfico esclavista hacia el Río de la Plata entre fines del siglo XVIII y primeros años del siglo XIX: las personas esclavizadas que llegaban a Buenos Aires a través de puertos brasileños habrían sido mayoritariamente embarcadas en Angola, en los puertos de Luanda y Benguela. Por su parte, el comercio directo del Río de la Plata con África mantenía conexiones con tres regiones: el sudeste de África (Mozambique), África Centro Occidental (principalmente, Loango y Congo) y el Golfo de Biafra. Este desplazamiento por mar solía demorar entre dos y cuatro meses. Debido al hacinamiento, los maltratos y las enfermedades contraídas en alta mar, se calcula que una de cada cinco personas embarcadas para su venta en calidad de esclava fallecía en el transcurso del viaje.²² No obstante ello, es preciso señalar que, aunque muchas sociedades hicieran referencia en sus nombres a un lugar de partida común en el continente africano, la identidad construida por los negros y negras porteños tenía bases muy diversas, distantes de cualquier esencialismo de carácter racial. A lo largo de la década de 1850, existían asociaciones como la Sociedad Protectora Brasileira, la cual tenía entre sus objetivos “fomentar el espíritu de asociación y protección mutua entre los negros brasileiros residentes en la capital porteña”.²³

²⁰ AGN, Sala X, 31-11-05, f. 13, agosto 11 del año 1823.

²¹ AGN, Sala X, 31-11-05. “Sociedad Nación Abayá”.

²² Alex Borucki, *De compañeros de barco a camaradas de armas. Identidades negras en el Río de la Plata, 1760-1860* (Buenos Aires: Prometeo, 2017), 59-61.

²³ AGN, Sala X, 31-11-05. “Sociedad Protectora Brasileira”.

Mientras que, por su parte, la Nación Mosambique, aunque explícitamente aludía a un punto de partida desde África, evidenciaba en el testimonio de sus socios frente a las autoridades policiales que se trataba de una asociación semejante a una hermandad católica.²⁴ Una situación similar presentaba la Sociedad Africana San Gaspar,²⁵ mientras que una combinación del carácter religioso y mutualista aparecía en la experiencia de la Sociedad del Carmen y Socorros Mutuos,²⁶ próxima a la Iglesia del Carmen.²⁷

Pertenecer a una misma sociedad africana habría implicado poseer un conjunto de experiencias comunes: un pasado como personas esclavizadas y estrategias desplegadas para conseguir la libertad, así como también referencias culturales compartidas en torno a la diversión, el trabajo, la vida y la muerte, y la familia, entre otras. En sus memorias, el escritor y militar Lucio V. Mansilla, que había nacido en 1831, recordó que una de sus sirvientas afirmaba con orgullo pertenecer a la nación Benguela y se distinguía de otro hombre que trabajaba en la casa de los Mansilla, Tomás, quien afirmaba ser de la del Congo.²⁸

Tras la caída del gobierno provincial de Juan Manuel de Rosas en 1852, el nuevo proyecto político en el poder buscaba regular la existencia de sociedades africanas, tanto de aquellas que habían surgido a comienzos de ese siglo, con la denominación de “naciones”, como de otras de más reciente creación. Para tal fin, esas sociedades debían elevar sus estatutos al departamento de policía, así como también informar las elecciones periódicas de autoridades.

Al examinar la común actividad laboral de las mujeres de la Sociedad Congo Angunga, el trabajo de lavar ropas aparecía como un oficio que pudo haber sido enseñado de madres a hijas. O tal vez, dentro de la propia sociedad africana, como un saber transmitido de las mujeres de las generaciones mayores a las menores. En 1848, en un expediente policial, la joven Anastacia Rodríguez declaraba que 23 años atrás “la libertó su finada madre” y que desde entonces se ocupaba en “el ejercicio de lavandera”.²⁹ ¿Habría comprado la madre la libertad de Anastacia? ¿Le habría enseñado ella los rudimentos del lavado? ¿Sería considerada una labor que permitiría una movilidad por la ciudad mayor que aquella de la que podrían gozar quienes trabajaban

²⁴ AGN, Sala X, 31-11-05. “Nación Mosambique”.

²⁵ AGN, Sala X, 31-11-05. “Sociedad Africana San Gaspar”.

²⁶ AGN, Sala X, 31-11-05. “Sociedad del Carmen y Socorros Mutuos”.

²⁷ Leonardo Miranda Pereira, “Os caminhos da “Nação Conga”: associativismo, festa e identidades entre os afrodescendentes do Rio de Janeiro e de Buenos Aires (século XIX)”, *Anais do XXVI Simpósio Nacional de História – ANPUH* (São Paulo, julho 2011): 8-9.

²⁸ Lucio V. Mansilla, *Mis memorias* (Buenos Aires: Peuser, 1954), 53.

²⁹ AGN, X, 33-5-9, 1848. Policía. Órdenes superiores, 59.

conchabadas o en el “servicio de adentro”? Además, el lavado tenía la virtud de organizarse de manera colectiva. En su libro *Buenos Aires desde setenta años atrás*, el escritor José Antonio Wilde rememoraba a fines del siglo XIX la ciudad en la que había vivido desde su nacimiento, en 1813. Allí señalaba que “las negras o morenas se ocupaban del lavado de ropa”, a lo largo del amplio espacio a orillas del río, desde el norte, cerca de la Recoleta, hasta el sur, donde aparecía el Riachuelo. Se las veía llegar con sus atados de ropa sobre las cabezas y

“Allí en el verde (...) hacían fuego, tomaban mate y provistas cada una de un pito o cachimbo (pipa para fumar), desafiaban los rigores de la estación (...) cantaban alegremente, cada una a uso de su nación, y solían juntarse ocho o diez, formaban círculo y hacían las grotescas figuras de sus bailes (...).”³⁰

Comentaba también que “eran excesivamente fuertes en el trabajo”. En su testimonio, las mujeres solían usar un jabón hecho de grasa, ceniza, potasa y hierbas, y una especie de garrote con el que apaleaban las ropas, probablemente con la intención de no restregarlas tanto y así economizar trabajo. Esto a veces era perjudicial para las prendas, ya que los golpes podían romper la tela y hacer saltar los botones. La historiadora Carmen Sarasúa, en su investigación sobre lavanderas en España en un período semejante al aquí estudiado, mostró también el desgaste físico que suponía este trabajo. El lavado de ropa aparecía como una de las ocupaciones femeninas más arduas, previo a su mecanización: las mujeres estaban prácticamente empapadas durante las largas horas de trabajo. Además, desarrollaban su trabajo al aire libre, en verano o en invierno, con agua helada, lo que les ocasionaba a menudo enfermedades respiratorias y cutáneas. El peso de los fardos de ropa trasladados por ellas habría convertido a esta faena en la más dura “físicamente de los realizados por mujeres, junto a los agrícolas”.³¹

Algunos años después, un joven Guillermo Enrique Hudson, nacido en 1841, sería testigo de escenas similares en la costa del río en Buenos Aires. Señalaba que, “por todos lados podían verse mujeres –negras en su mayoría– de rodillas al lado de las piletas que se formaban entre las rocas, fregando y aporreando las prendas”.³² El cronista recordaba un alegre griterío que se formaba entre las mujeres mientras trabajaban. Solo se interrumpía cuando “ciertos jovencitos de la clase alta” buscaban divertirse a sus expensas, fumando cerca de la ropa recién lavada o arrojándoles cigarrillos.

³⁰ José A. Wilde, *Buenos Aires desde setenta años atrás* (Buenos Aires: Imprenta de la Nación, 1908), 80.

³¹ Carmen Sarasúa, “El oficio más molesto, más duro: el trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII al XX”. *Historia Social*, 45 (2003): 69.

³² Enrique G. Hudson, *Allá lejos y hace tiempo* (Buenos Aires: Ediciones Peuser, 1918), 95.

“Instantáneamente, una negra hombruna se ponía de pie y, enfrentando al atrevido, derramaba un caudal de obscenidades y siniestras maldiciones”.³³

Lucio V. Mansilla, sobrino de Juan Manuel de Rosas, dejó algunas impresiones sobre las lavanderas en sus memorias. Recordaba con cierta fascinación por aquellas mujeres que, en su infancia,

“(…) nos íbamos al río, a jugar en los pozos, llenos de jabón, saltando por las toscas resbaladizas, entre las lavanderas, en cuclillas, arremangadas hasta las rodillas, despechugadas...”.³⁴

En la mirada de los cronistas, estas mujeres aparecían como sujetas exóticas, rudas, en ocasiones, hostiles. Pese a la proximidad que los reunía en esas situaciones, había una distancia en la que se percibían marcas raciales y privilegios desiguales, entre jóvenes blancos con dinero y mujeres negras trabajadoras, transitando con objetivos y necesidades diferentes la ribera del río.



Imagen 2. Lavanderas trabajando en el recorte de *Vista de Buenos Aires*, del pintor Richard Adams (1832).

Tal vez las lavanderas de la Sociedad “Congo Angunga”, como era señalado en el testimonio de Wilde, hubieran compartido un lugar en el río. Aunque el plano de la época mostraba una cuadrícula más anhelada que real —era frecuente la existencia de baldíos, pantanos y arroyos desbordados— no resulta difícil imaginar al grupo de socias, con sus atados de ropa en la cabeza, caminando juntas en dirección este, hacia el área norte del río, donde se dispondrían a realizar su labor. No muy lejos de aquel sitio que el pintor Richard Adams había retratado en su *Vista de Buenos Aires* algunas décadas atrás.

Al momento de realizarse el primer Censo Nacional de la República Argentina, las hermanas Alejandra y Petrona Piñero, socias de la Sociedad

³³ Hudson, *Allá lejos y hace tiempo*, 96.

³⁴ Mansilla, *Mis memorias*, 93.

“Congo Angunga”, fueron censadas viviendo en la misma cuadra en la que solían vivir con su madre. La primera continuaba declarando el oficio de lavandera, mientras que la segunda ya no se ganaba la vida como planchadora, sino que trabajaba como sirvienta.³⁵ La Buenos Aires en la que vivían también había cambiado. A aquella primera línea del ferrocarril inaugurada a algunas cuadras de su residencia en 1857 –que se extendía 10 kilómetros al oeste, hasta la estación La Floresta– se le habían sumado la línea del Ferrocarril del Norte, la del Sud y la de La Boca, las cuales atravesaban distintos puntos de la ciudad. Desde la ahora capital del país, el Ferrocarril Central Argentino partía regularmente a Rosario y se encontraba a punto de inaugurar una estación en la provincia de Córdoba.³⁶

En el oficio de lavandera se incorporaban cada vez más inmigrantes europeas, al punto de que Eduardo Wilde afirmaría que ver a una mujer negra entre ellas era como “un lunar” entre tantas lavanderas blancas.³⁷ La forma de trabajar y los sitios donde hacerlo también estaban cambiando. Tras la epidemia de fiebre amarilla de 1871, en la ciudad se promulgaron políticas de higiene y salud pública que buscaban regular la provisión de agua y prohibían el lavado de ropas en la zona de la ribera del río. A causa de esto, las lavanderas habrían comenzado a trabajar en sus domicilios particulares.³⁸ ¿Continuarían las socias compartiendo la faena luego de estos cambios?

Modistas

Hacia 1854, se publicó el número 2 de la revista *Álbum de Señoritas*, editada por Juana Manso. Aquella publicación contaba con una cronista regular llamada Anarda, quien solía comentar sus paseos por tiendas elegantes de moda parisina que existían en el centro de la ciudad de Buenos Aires.³⁹

“¡Qué pena, amiga mía, no tener la casa de moneda a mi disposición! (...) Qué vestido de gasa chinesca! qué vestidos de brocato, y otros bordados, y de guardas de colores! Ay qué tentacion Dios mío! qué manteletas blancas, con

³⁵ Primer Censo Nacional, 1869. Sección 5ª, cédula n° 487.

³⁶ Ver novedades sobre el Ferrocarril Central Argentino (p. 31) y plano de la ciudad en el *Almanaque Nacional para 1869*. Imprenta del Siglo.

³⁷ Wilde, *Buenos Aires desde setenta años atrás*, 80.

³⁸ Viviana Bartucci, “Imagen y espacio. Las lavanderas y la ciudad de Buenos Aires (ca. 1840-1920)”. *Épocas. Revista de Historia*. USAL, 10 (segundo semestre, 2014): 87.

³⁹ Primeras aproximaciones a las experiencias de las modistas francesas en Buenos Aires pueden consultarse en artículos previos de mi autoría como Gabriela Mitidieri, “Entre modistas de París y costureras del país. Espacios de labor, consumo y vida cotidiana de trabajadoras de la aguja. Buenos Aires, 1852-1862”, *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, 12 (Universidad de Antioquia, 2018): 8-29; y Gabriela Mitidieri, “Modas, figurines y remiendos: Adquisición de vestuario y trabajo artesanal femenino en tiendas de modista. Ciudad de Buenos Aires, 1851-1869”, *Revista Eletrônica da ANPHLAC*, 31 (2021): 52-86.

blondas y flores de colores! qué espumillas de la China! cuanta clase de manteletas, de géneros nobles, de atavíos para las novias...”⁴⁰

Proseguía su paseo visitando la tienda de las señoritas Juvin. Allí Anarda comentaba que

“las dueñas del establecimiento tienen suma amabilidad y a juzgar por lo que hemos visto, feliz será la dama que se haga vestir por ellas. Nuestra sociedad fashionable frecuentará sin duda el salón de modas, el más elegante que se haya abierto en Buenos Aires.”⁴¹

Tiendas como aquellas publicaron anuncios en diarios de la época como *El Nacional*. En algunas podía adquirirse solamente vestuario importado, mientras que en otras resultaba un complemento a los trajes confeccionados a medida por la modista del lugar.⁴² Arribaban a diario paquetes desde Francia que ponían a disposición de las damas, gorras y sombreros, corsés, cintas y adornos para el cabello, guantes, abanicos y pañuelos.⁴³ También podían encontrarse en tales establecimientos revistas de moda europeas cuyos figurines y patrones serían imitados por las modistas del lugar para ofrecer a su clientela femenina la posibilidad de lucir aquellos lejanos y elegantes atuendos.⁴⁴

Las modistas que llegaban de París poseían una larga tradición de trabajo femenino de la aguja formalizado gremialmente. La historiadora Judith Coffin realizó una investigación sobre el mundo de las costureras parisinas en el siglo XIX, en la que reflexionó sobre la noción de sentido común que imaginaba a las costureras de aquel tiempo como una novedad producto de la industrialización y el colapso del orden gremial corporativo. Pero Coffin se encargó de remarcar que esa figura de muchacha extenuada y proclive a la decadencia moral tenía más que ver con las ansiedades de hombres contemporáneos ante la proliferación del empleo femenino que con una realidad de feminización del trabajo de costura propia del siglo XIX.⁴⁵ Esta autora señaló –como también lo sugirió en su reconstrucción la historiadora Clare Haru Crowston– que la participación de las mujeres francesas en este

⁴⁰ Juana Manso, *Álbum de Señoritas*. Tomo I, núm.2, (8/1/1854), 13.

⁴¹ Manso, *Álbum de Señoritas*, 13.

⁴² Ejemplos de modistas que ofertaban artículos importados de París y además confeccionaban vestidos a medida pueden encontrarse en los siguientes avisos publicados en *El Nacional*, “Mme. Luisa”, 27/3/1855, p. 3; “A todas las Sras. elegantes de Buenos Aires. Mme. Perret-Collard”, 17/10/1855, p. 3; “Nuevos gustos. Acreditada fábrica de modas”, 2/7/1856, p. 3.

⁴³ Aviso publicado por Madame Victorina Jammes en *El Nacional*, 23/6/1860, p.3.

⁴⁴ Aviso tienda de modista Rivadavia 229, confección a partir de figurines importados. *El Nacional*, 5/9/1857, p.3.

⁴⁵ Judith Coffin, *The Politics of Women's Work. The Paris Garment Trades, 1750-1915* (Princeton: Princeton University Press, 1996), 20-21.

mundo del trabajo tenía una historia que le debía más a la propia agencia femenina que al desmantelamiento de los gremios y a la descalificación del oficio frente al avance del capitalismo industrial.⁴⁶

Las pioneras en el rubro fueron las artesanas conocidas como *lingères*, es decir, aquellas mujeres especializadas en la confección de ropa interior femenina y ropa de cama, quienes fundaron su gremio en París hacia 1485.⁴⁷ Habría existido en paralelo otra tradición de trabajo femenino, que era el realizado por las propias esposas, hermanas e hijas de los sastres agremiados. Hacia 1745, había entre 1.500 y 1.700 maestras costureras en París; en la víspera de la Revolución, cerca de 3.000.⁴⁸ Por fuera de los gremios, especialmente en ciertas áreas suburbanas de París, como el Faubourg Saint-Antoine, las historiadoras Clare Crowston y Claire Lemerrier afirman que existía una circulación intensa de trabajo clandestino de costura.⁴⁹

En Buenos Aires, como las mencionadas señoritas Juvin, también María Gilles era una modista francesa al frente de su tienda en la calle Perú n.º 107, en pleno centro comercial de la ciudad.⁵⁰ Heredera ella misma de aquella tradición gremial, acababa de separarse de su marido, quien había sido declarado en quiebra y sometido a concurso de acreedores.⁵¹ *Monsieur* Gauthier, junto con su socio Isnardi, llevaba el negocio de una casa de importación de paños franceses también en el centro porteño, la cual seguramente surtiría de géneros la tienda de la modista. El establecimiento de María funcionaba en un local alquilado, el cual era a la vez sitio laboral y de morada de la mujer. Era una de las tantas tiendas, entre roperías, sastrerías y locales de modistas que poblaban los alrededores de la Plaza de la Victoria.

⁴⁶ Clare Crowston, "Engendering the Guilds: Seamstresses, Tailors, and the Clash of Corporate Identities in Old Regime France". *French Historical Studies*, 23(2), (2000): 339-371.

⁴⁷ Los fundamentos de aquellas mujeres para organizarse de manera separada de sus pares varones enfatizaban la capacidad que de ese modo adquirirían de preservar el honor de sus integrantes y ganarse la vida de manera decente. A diferencia del gremio de sastres, cuya identidad se apoyaba en el hecho de que el cabeza de familia organizara el oficio al cual sus miembros podían incorporarse, las *lingères* eran mujeres, solteras, viudas o casadas, que no compartían otro lazo que el de la voluntad común de agremiarse. Judith Coffin, "Gender and the Guild Order: The Garment Trades in Eighteenth-Century Paris", *The Journal of Economic History* 54(4), (1994): 774-776.

⁴⁸ Coffin, Gender and the Guild Order, 779.

⁴⁹ Clare Crowston y Claire Lemerrier, "Surviving the End of the Guilds. Apprenticeship in eighteenth and nineteenth-century France", *Apprenticeship in Early Modern Europe*, Maarten Prak y Patrick Wallis (eds.) (Cambridge: Cambridge University Press, 2019), 291.

⁵⁰ AGN, Tribunal Comercial (TC), 1854. Concurso de Doña María Gilles, f. 1.

⁵¹ Ver AGN, TC, 1851. Concurso de Gauthier e Isnardi.

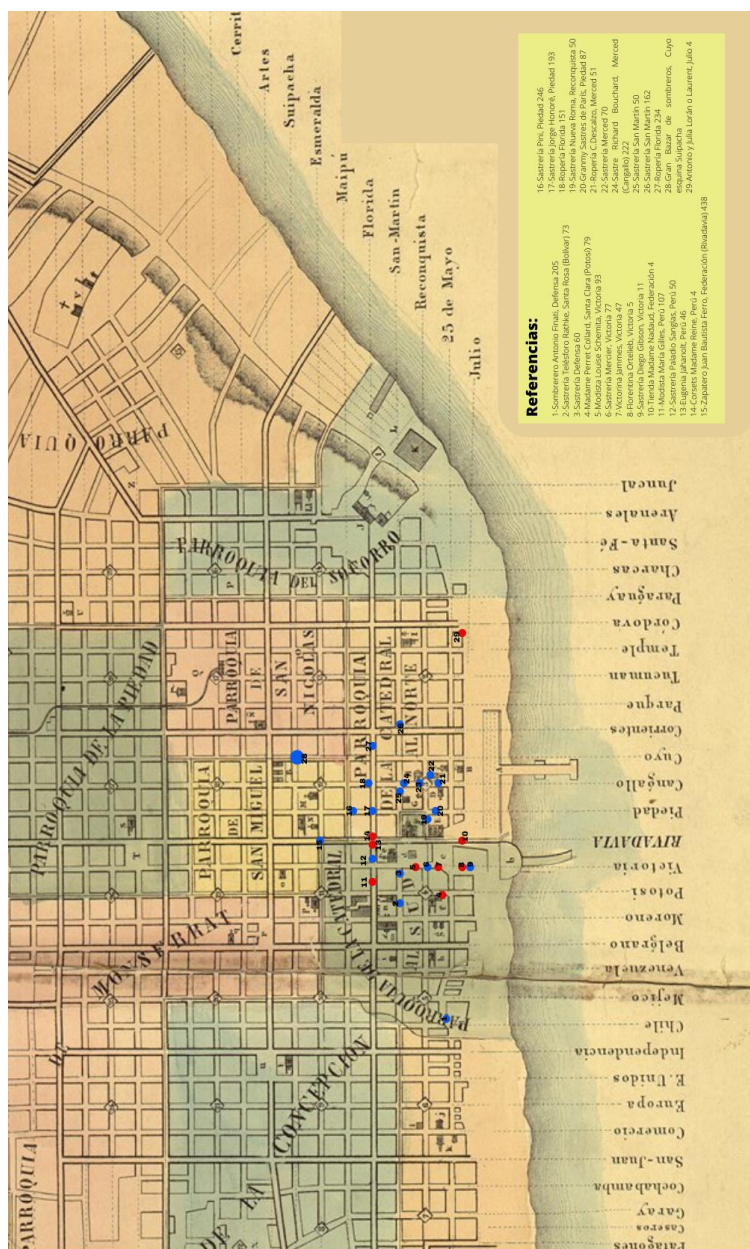


Imagen 3. Localización de tiendas de modista, sastrerías y roperías sobre plano de la ciudad de Buenos Aires realizado en 1859.⁵²

El espacio de trabajo era una habitación amplia con puerta a la calle, que contaba con dos grandes ventanales que funcionaban como vidriera y

⁵² Elaboración propia a partir de la recuperación de información de direcciones obtenida en avisos clasificados publicados en *El Nacional* entre 1854 y 1862.

permitían que quienes pasaban por allí contemplaran su trabajo. La tienda tenía un mostrador donde podían encontrarse cuatro libros contables, una mesa de trabajo para cortar y coser, un espejo para que las clientas pudieran verse de cuerpo entero, tres lámparas de gas para iluminar el lugar y un armario de cedro y otro de pino donde se exhibían las prendas de ropa y se guardaban los paños. Aunque la suerte no le sonrió al negocio de Gilles —quien terminó como su marido aquejada por deudas a las que no pudo hacerle frente—, la proliferación de tiendas similares resultaba indicio del interés de la sociedad porteña por adquirir vestuarios *à la francesa*.

En la prensa que comenzó a proliferar luego de 1852, eran habituales las menciones acerca de la belleza de las inmigrantes francesas. En una breve nota que comentaba la abundante presencia de inmigrantes de paseo por el muelle de la ciudad, un cronista señalaba que “una francesa en su coquetería y elegancia” se distinguía pronto de una gallega o de una inglesa, quienes se cuidaban “poco de llevar su traje”.⁵³ La afición por la cultura francesa luego de la batalla de Caseros también se expresaba en frecuentes noticias y traducciones de textos provenientes de aquel país. Entre las páginas del diario *El Nacional*, solía aparecer una columna titulada “Modas de París”, “Revista de modas, salones y teatros” o simplemente “La moda”, en donde se traducían las puntillosas descripciones acerca de lo último en materia de tendencias en ropa y accesorios lucidos en los salones parisinos.⁵⁴

El 24 de marzo de 1855, la modista francesa Elisa Nadaud, conocida como *madame* Nadaud, publicaba un aviso en *El Nacional*. Era una de las modistas que aparecían listadas en el *Anuario General de Comercio e Industria* en esa época.⁵⁵ Allí, anunciaba a sus clientas que su tienda se había mudado de la calle Representantes n.º 33 1/2 a la calle Federación n.º 4, a unas pocas cuadras de la tienda de María Gilles. Era una tienda alquilada que fructificaba con el trabajo de la modista Elisa de 23 años, y el de su marido, León, de 30, quien se desempeñaba como dependiente.⁵⁶ Aunque era la mujer quien ostentaba una jerarquía laboral mayor que la de su esposo, fue él quien firmó

⁵³ *El Nacional*, 16/3/1857, p. 2.

⁵⁴ Ver dichas columnas en *El Nacional*, 28/4/1855, p. 1; 8/3/1856, p. 1; 26/7/1856, p. 1; 28/7/1857, p. 2; 30/4/1857, p. 3; 23/6/1857, p. 2; 24/11/1857, p. 2; 7/12/1857, p. 3; 2/6/1858, p. 1; 3/7/1858, p. 1; 23/10/1858, p. 1; 4/11/1858, p. 1; 29/4/1859, p. 1; 29/9/1859, p. 2; 19/11/1859, p. 1; 5/9/1861, p. 3.

⁵⁵ Alejandro Bernheim, *Anuario General del Comercio, la Industria, de la Magistratura y de la Administración de Buenos Aires. 1854-1855* (Buenos Aires: Imprenta del British Packet, 1855), 59.

⁵⁶ Censo de Población de Buenos Aires, 1855. Parroquia de Catedral al Sud, cuartel 4º, cédula nº 11.

el contrato con el empresario textil que los puso a cargo de aquel local.⁵⁷ Esto evidenciaba la costumbre de considerar a padres y maridos como responsables legales de sus esposas e hijas, aun siendo estas mayores de edad. Previo a su mudanza, su tienda original estaba equipada con tres mesas, dos espejos, cuatro quinqués para iluminar el espacio y una cantidad de cajas de cartón en las que el dependiente guardaría las gorras que su esposa confeccionaba y vendía, las cuales eran una de las especialidades de Elisa.⁵⁸

La proximidad entre tiendas de modista y de sastrería era evidencia del modo en el que aquella calle Perú se consolidaba como paseo elegante. En el piso de arriba de una importante tienda conocida como la Sastrería Española -en la calle Perú n.º 50-, se instaló hacia 1855 una modista francesa que contaba con renombre internacional. A diferencia de Elisa Nadaud, abrió su negocio sin hombres a la vista. Era una de las artesanas mejor reputadas de París en la época, y prueba de ello era su aparición en la popular revista de tendencias y figurines coloreados, *Le moniteur de la mode. Journal du Grand Monde. Modes, littérature, beaux-arts, théâtres*, trabajando en la Casa Popélin- du Carré. En octubre de ese año publicó un aviso íntegramente en francés para auspiciar su nueva tienda⁵⁹ y muy pronto comenzaría además a demandar por costureras y niñas para aprender.⁶⁰ La voluntad de formar en el oficio a jovencitas de la ciudad fue una constante entre las modistas de la ciudad. En su espacio de trabajo, compartía la labor cotidiana con Josefina Adam, una modista también francesa, de 27 años de edad, que había arribado a la ciudad junto con Perret-Collard.⁶¹

⁵⁷ AGN, TC 1854. Don Juan José Méndez contra Don Leon Nadaud sobre liquidación de una habilitación, f.1.

⁵⁸ AGN, TC 1854. Don Juan José Méndez contra Don Leon Nadaud, f.6.

⁵⁹ *El Nacional*, 9/10/1855, p.3.

⁶⁰ Ver avisos publicados por la modista en *El Nacional*, 9/10/1855, p. 3; 17/10/1855, p. 3; 27/3/1856, p.3; 24/4/1856, p. 3; 27/3/1856, p. 3; 27/4/1856, p.3; 12/5/1856, p.3; 20/10/1856, p. 3; 4/11/1856, p.3 y 26/11/1856, p.3; 12/1/1857, p. 3; 23/4/1857, p. 3.

⁶¹ Censo de Población de Buenos Aires, 1855. Parroquia de San Miguel, Cuartel 12º, cédula censal 184.

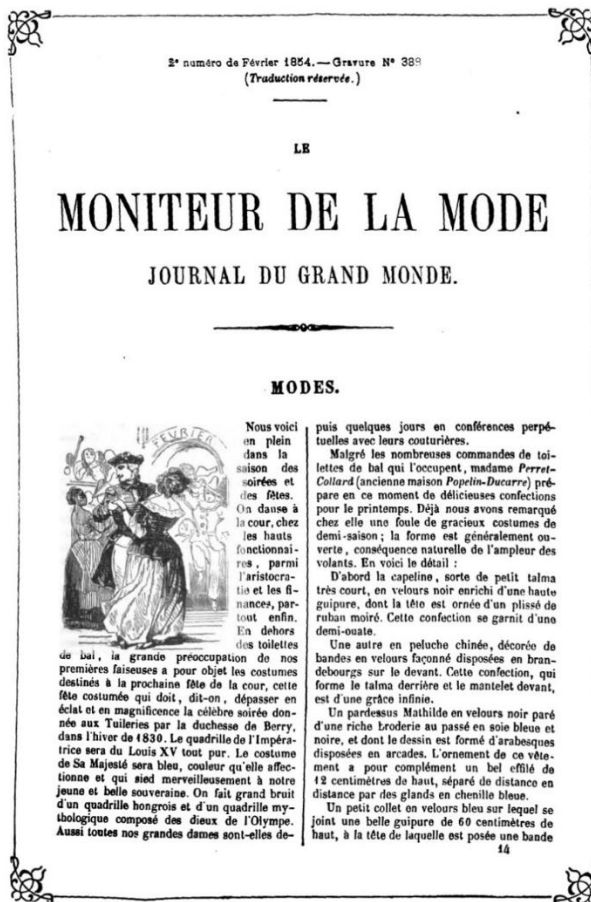


Imagen 4.
Le Moniteur de la Mode,
1854, p.157.⁶²

Encabezando un plantel femenino de artesanas, en la tienda de la modista francesa Eugenia Jahanolt, que lindaba con la de Perret-Collard, otras dos modistas aparecían trabajando junto con ella.⁶³ El mismo censo que registró a la lavandera María Baldés y sus compañeras tomó nota de aquella tienda,

⁶² Disponible en Google Books:

[https://play.google.com/books/reader?id=_cNBAAAACAAJ&pg=GBS.PA216](https://play.google.com/books/reader?id=_cNBAAAACAAJ&pg=GBS.PA216&hl=es&printsec=frontcover)

&hl=es&printsec=frontcover. Acerca de esta publicación editada en París: aunque se reconoce su origen como magazine de modas en 1843, comenzó su publicación en 1839, promoviendo los productos de una tienda de tejidos.

Cuatro años después, se inició como revista literaria incorporando diversas secciones, una de ellas, dedicada a la moda. La gran aceptación de *Le Moniteur de la mode* se debió, sobre todo, a la calidad de los grabados a cargo de Jules David, su ilustrador exclusivo durante cincuenta años. Extraído del sitio Vestuario Escénico, consultado el 12 de febrero de 2021.

<https://vestuarioescenico.wordpress.com/2017/03/09/le-moniteur-de-la-mode-jean-baptiste-david-y-la-moda-en-su-entorno/>

⁶³ Avisos de la modista Eugenia Jahanolt en *El Nacional*, 24/10/1854 y 25/10/1854, p. 4.

taller y vivienda. Eugenia Jahanolt, de 35 años, figuraba como inquilina principal. Tanto Delphine Crapons, de 30, como María Chevallier, de 20, aparecían como “dependientes” en relación con Eugenia.⁶⁴ Esto podía ser indicio de que las dos últimas no estarían en igualdad de condiciones con Jahanolt, quien figuraba como encargada de la tienda en los avisos publicados y probablemente fuera la empleadora de aquellas mujeres. Catorce años más tarde, María Chevallier aparecería trabajando como modista en su propia tienda, junto con su hermana, en la zona céntrica de la ciudad.⁶⁵

A metros de la tienda de *madame* Gilles, Emilia Samborain, otra modista francesa, oriunda de Burdeos, se encontraba al frente de su tienda, en la calle Perú n.º 126. Tenía 28 años, residía en la ciudad desde 1850 y contaba con el trabajo regular de una costurera porteña de nombre Juana, quien figuraba como trabajadora de la modista en el censo de 1855.⁶⁶ Al transformarse aquella calle en Florida, algunos años después, la artesana Emilia continuaba residiendo y confeccionando vestidos en el mismo establecimiento, y allí sería censada nuevamente en 1869.⁶⁷ Una modista que auspició su trabajo a lo largo del período estudiado era *madame* Victorina Jammes. Desde 1851 contaba con una tienda en la calle Victoria n.º 47.⁶⁸ Su fuerte era la venta de artículos importados de París, los cuales llegaban a su tienda a través de las transacciones en el exterior de las que se ocupaba su marido, el empresario Fernando Jammes.⁶⁹ Gracias a sus avisos, que aparecían regularmente durante la década de 1850, y a que pudo costear uno que incluía una pequeña ilustración del frente de su tienda, podemos hacernos una idea de cómo se vería la fachada de su negocio.⁷⁰ Dos vidrieras, un primer piso con ventanas y balcones y un gran cartel que anunciaba las modas de París que se

⁶⁴ Censo de Población de 1855, Parroquia de San Miguel, cuartel 12º, cédula 185.

⁶⁵ María y Francisca Chevallier, calle Victoria n.º 176. Transcripción de cédula censal de Primer Censo Nacional de 1869 en Jorge Lima González Bonorino, *La ciudad de Buenos Aires y sus habitantes: 1860-1870: A través del Catastro de Beare y el Censo Poblacional* (Buenos Aires: Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2005), 99.

⁶⁶ Censo de Población de Buenos Aires, 1855. Parroquia de San Miguel, cuartel 12º, cédula 21.

⁶⁷ Ver González Bonorino, *La ciudad de Buenos Aires y sus habitantes*, 398.

⁶⁸ AGN, X, 27-2-2. Padrón de los Establecimientos de las diversas casas de comercio, industria y profesión que pagan patente en la sección 4ta de Policía en el presente año de 1851, f. 37.

⁶⁹ Ver AGN, TC, 1851. Wedekind y compañía en representación de Schalepter Sachallater y Kiutemer contra Don Fernando Jammes por cobro de cantidad de pesos.

⁷⁰ Ver anuncios de *madame* Jammes en *El Nacional*, 7/3/1855, p. 3; 13/4/1855, p. 3; 15/3/1856, p.3; 12/11/1857, p. 3; 18/3/1858, p. 3; 14/4/1858, p. 3; 3/11/1858, p. 3; 12/4/1859, p. 3; 19/9/1859, p.3; 13/3/1860 y aquel con ilustración del 23/6/1860.

encontrarían en su interior. Hacia 1869 la modista fue censada en su tienda de la calle Victoria n.º 63.⁷¹



Imagen 5.
El Nacional, 23/6/1860.

Algunos años después, una crónica ficcionada del diario *El Nacional* narra las aventuras de una joven modista, decidida a tomarse el Ferrocarril del Oeste para salir a pasear hasta Morón, aun cuando su amiga no se hubiera presentado a acompañarla. Aquella estación de tren se había inaugurado en 1859, y desde entonces aparecía como un atractivo turístico de fin de semana para las y los porteños, ya que, según se decía, gozar de su clima era muy beneficioso para la salud.⁷² La artesana subió al vagón que la llevaría hasta aquel sitio y muy pronto inició conversación con un pasajero. El resto del recorrido fue para la muchacha un intento afanoso de eludir las insinuaciones de aquel joven, quien, a medida que avanzaban las estaciones, se volvía cada vez más insistente.⁷³ Más allá del carácter aleccionador de la nota, la cual

⁷¹ Ver González Bonorino, *La ciudad de Buenos Aires y sus habitantes*, 227.

⁷² AA.VV. *Síntesis histórica del Partido de Morón* (Haedo: Instituto y Archivo Histórico Municipal de Morón, 2017), 12. Disponible en <https://historiamoron.files.wordpress.com/2016/08/sintesis-historica-2017.pdf>.

⁷³ *El Nacional*, 23/1/1867, p. 2.

alertaba a las jovencitas de las intenciones poco decorosas de los muchachos en este medio de transporte, puede entresverse de todas maneras la práctica corriente entre mujeres jóvenes y trabajadoras de tomarse el tren como paseo en el día de descanso laboral, a la cual se hacía alusión en el diario.

Al aproximarse la década de 1870, el paseo por la tienda de modista de turno fue reemplazado progresivamente por las visitas a las grandes tiendas que comenzaron a aparecer en la ciudad. Continuaban la tradición de ofrecer indumentaria importada, y señalaban en sus avisos que aquella arribaba “en los últimos buques del Havre”. A medida que ganaban lugar en las páginas del diario, los avisos publicados por modistas disminuían en cantidad. La ilustración publicada en un aviso del Gran Bazar de Sombreros brinda, a su vez, una referencia del tamaño del espacio en el que se ofertaba mayormente ropa hecha importada de Francia, aproximadamente el triple de amplio que la tienda de Victorina Jammes.

EL GRAN BAZAR DE SOMBREROS
DE P. PERISE

HA RECIBIDO LOS ARTICULOS ABAJO ESPRESADOS
LLEGADOS EN LOS ULTIMOS BUQUES DEL HAVRE
DIRECTAMENTE DE LAS FABRICAS

Buenas galeras de castor, negras.
Gorras de filin de Jouvin.
Guantes de piel, de castor, muy superiores a los de Jouvin.
Guantes de piel de castor.
Gorras de casimir, rica clase.
Buenas lunetas, con pinos de marfil.
Pajaritas de seda.
Buenos calcetines, muy primos, para teatro.
Pajetas de hilo de Cambria.
Camisetas de franela, rica clase.
Mejias finas, de merino.
Mejias y medias, de hilo, muy buenas.
Camisetas con vitela de hilo.

Mejias cortas de algodón, sin costura.
Galeras de felpe, rica clase.
Gran surtido de corbatas.
Calcetines de pura lana.

Un pequeño surtido de 20 mil Sombreros, y 25 mil gorras de todas clases y gustos para hombres y niños.

No se acuerda como pocas para hacer y asegurar que lo es habiendo al momento en la tienda el mayor surtido que se puede encontrar en el mundo.

Todas las ventas al menudo se hacen al contado, no se hacen al crédito.

CALLE DE CUYO, ESQUINA DE SUCIPACHA.

Imagen 6.
El Nacional,
7/6/1867, p. 3.

La historiadora Teresita Garabana señaló que la tienda departamental era un modelo de negocio que surgió en París a mediados de siglo XIX, desde donde se extendió hacia el resto de Europa, Estados Unidos y las principales

ciudades latinoamericanas. Tres elementos aparecían como comunes a toda tienda: el margen de ganancia sobre cada artículo era pequeño y se compensaba con un gran volumen de venta; los precios de los productos eran fijos y estaban claramente marcados, y, finalmente, las personas que podían ingresar al espacio de la tienda no se veían obligadas a comprar, por lo que constituía así un paseo de rigor para las elegantes porteñas.⁷⁴ Hacia 1863, la gran tienda À la Ville de París, localizada en la calle del Perú n.º 31 y 33, además de publicitar su especialidad de ropa blanca para hombres y niños y el variado surtido “por todos los buques que traen de Europa las últimas novedades”, señalaba que en sus establecimientos poseían “una máquina de vapor para hacer confecciones en el país”.⁷⁵ Esto brindaba la pista de que, además de oferta abundante, se trataba de espacios que comenzaban a equiparse con tecnología novedosa que podía permitir abaratar costos en las prendas ofertadas.

A fines de la década de 1870, algunas publicaciones, como *El Álbum del Hogar*, contaban con secciones regulares específicamente dedicadas a noticias sobre tiendas departamentales. En diciembre de 1878, uno de esos artículos comentaba cómo la tienda A la Ciudad de Londres se había convertido en un espacio ineludible de encuentro para las mujeres elegantes de la ciudad,⁷⁶ y había dejado atrás la visita a la tienda de modista como un resabio de otro tiempo.

Trabajos y circuitos femeninos: ¿una ciudad segregada?

El 4 de febrero de 1852, un día después de la derrota de Juan Manuel de Rosas en la Batalla de Caseros que marcaría el final de su gobierno, se registraron disturbios y saqueos generalizados en la ciudad de Buenos Aires.⁷⁷ Las tiendas de venta de indumentaria y géneros fueron las principales afectadas. Las jornadas subsiguientes fueron testigo de cómo fuerzas militares y policiales opositoras al rosismo buscaron detener a todo sospechoso y sospechosa de haber participado en aquellos hurtos. Juliana Marques, porteña de 25 años, registrada como parda y perteneciente a la Sociedad Africana

⁷⁴ Teresita Garabana, “*El amor desmedido a los trapos*”. *Moda y consumo en Buenos Aires (1860-1890)* (Tesis de maestría en Historia, Universidad de San Andrés, 2019), 45.

⁷⁵ *El Siglo*, 1/5/1863, p. 3.

⁷⁶ Susan Hallstead, “Disease and Immorality: The Problem of Fashionable Dress in Buenos Aires (1862-1880)”. *Latin American Literary Review*, vol. 37, 73 (enero-junio, 2009):102.

⁷⁷ Acerca del episodio, ver Gabriel Di Meglio, “El saqueo y la muerte. El día después de la batalla de Caseros en Buenos Aires”, en Di Meglio, G. y Serulnikov, S. *Historia de los saqueos en la Argentina* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2017).

Mozambique fue una de las detenidas. Relató haber sido interceptada junto con su abuela por una patrulla que las detuvo al grito de “estas también son ladrones”, luego de señalar los pañuelos de rebose de algodón que las mujeres vestían. Marques y su abuela argumentaron que lo habían comprado en una tienda en la calle Federación, la misma calle en la que luego se instalaría la modista francesa Madame Nadaud. No obstante, los hombres armados desestimaron su explicación y las condujeron a la cárcel pública.⁷⁸ Allí permanecieron hasta fines de ese mes, hasta que el presidente de la Sociedad Mozambique, Martín de Larrasmendi, intervino y demandó por su libertad, la que finalmente consiguieron.⁷⁹ Como ellas, al menos otras cinco mujeres afrodescendientes corrieron suerte semejante y fueron arrestadas en la cárcel pública.⁸⁰

Explorar los sitios en los que se afincaron y los circuitos que recorrieron modistas francesas y lavanderas afrodescendientes en la Buenos Aires de mediados de siglo XIX puede arrojar la imagen de una ciudad en la que sencillamente la división del trabajo femenino operaba sin tensiones siguiendo pautas raciales. No obstante, indagar en episodios como aquel que tuvo lugar a comienzos del período analizado, en el que se criminalizó la experiencia de consumo elegante de dos mujeres miembros de una sociedad africana de la ciudad, aporta elementos para distinguir conflictos y violencias detrás de ese aparentemente neutro reparto de labores. Permite, además, reconocer que la vivencia de la ciudad, el tránsito por el centro y la periferia, la percepción de las distancias y el acceso o restricción a determinados sitios se encontraba, a su vez, racializado. Aunque en el censo de 1855 no hubo una pregunta específica por el color de la población —como sí había habido en el fallido censo de 1854— existieron censistas que deliberadamente buscaron dejarlo anotado en las cédulas, mayoritariamente junto a la ocupación declarada.⁸¹ Y aunque en ocasiones las restricciones de acceso podían ser tácitas, existían espacios explícitamente separados. Había en la ciudad distintas escuelas públicas para niñas administradas por las mujeres de la Sociedad de Beneficencia, al menos tres de ellas correspondían de modo segregado a las niñas “de color”. Esta segregación era no solo fomentada por la Sociedad sino también por los padres de las niñas blancas e implicaba tanto

⁷⁸ AGN, Sala X - 1852 Policía 33-7-9 f.56.

⁷⁹ AGN, Sala X - 1852 Policía 33-7-9 f.72.

⁸⁰ AGN, Sala X - 1852 Policía 33-7-9 f.36-56.

⁸¹ “Nota: No habiendo columna para poner el color de las personas se ha puesto en los de color bajo al lado del ejercicio en que se ocupan y todos los demás son blancos. Buenos Ayres, Oct. 17 de 1855”. Censo de Población de Buenos Aires, 1855. Cédula censal n° 150, cuartel 5°, Parroquia de Catedral al Sur.

espacios de estudio como actos escolares separados. En 1857 se decidió hacer un acto conjunto, aparentemente por motivos de practicidad.⁸²

También los arreglos laborales que involucraban a niños y niñas guardaban la memoria de un reciente pasado esclavista: en julio de 1852, Isabel Armesto, madre de Casimira, suscribía un contrato en la defensoría de menores –institución de gobierno que intercedía en las colocaciones laborales de niños aprendices y sirvientes de la ciudad– con Rufina Sánchez, en el que dejaban asentado que el tiempo que se determinaba para que la menor prestara servicio sería “el que la ley acordaba a los hijos libertos”.⁸³ Es decir, se establecía un tiempo de trabajo que duraría hasta que Casimira cumpliera 16 años, tal como lo preveía el reglamento redactado luego de la sanción de la ley de libertad de vientres, en 1813. En septiembre de 1852, Rosario Pizarro, “morena libre, madre legítima del párvulo de 3 años Bictorino”, transfirió “con autorización del señor defensor de menores” los derechos de patronato durante la minoridad de su hijo a Luis Goya, sin que en ese tiempo le fuera permitido sacarlo del poder de este. En el acta que suscribían, se registraba como parte de la declaración de la madre el deseo de asegurar la educación de Bictorino y la esperanza de que, si el niño se portase bien, sería considerado, educado y protegido por Luis Goya.⁸⁴ En un sentido semejante al estudiado por la historiadora Paulina Alberto en la década de 1830,⁸⁵ los derechos de patronato podían impostarse para regular ciertos arreglos de trabajo que involucraran a niños. En términos legales, Bictorino no debió haber sido considerado liberto, ya que su madre, Rosario Pizarro, declaraba ante el defensor de menores ser una “morena libre”. Pero, por motivos que desconocemos, tal vez la posibilidad de que su niño obtuviera cuidado y educación en aquella casa fuera una opción mejor que otras existentes para Rosario, aun cuando el arreglo involucrara que Bictorino tuviera que trabajar desde pequeño. Tres años más tarde, un niño de 5 años registrado en el censo como Victorino Goya aparecía viviendo en la residencia del comerciante Luis Goya en calidad de “sirviente de color”.⁸⁶

⁸² María Agustina Barrachina, “Entre la igualdad y la segregación. Las disputas por la educación de los afrodescendientes en el Buenos Aires postrosista”.

Claves. Revista de Historia, vol. 5, 9 (julio-diciembre, 2019): 115-143.

⁸³ AGN, Secretaría de Niñez, Adolescencia y Familia (SNAF) 294, p. 7. 31/7/1852.

⁸⁴ AGN, SNAF 294, 7/9/1852.

⁸⁵ Paulina Alberto, “Liberta por oficio: negociando los términos del trabajo no libre en Buenos Aires en el contexto de abolición gradual, 1820-1830”, en Guzmán, Florencia y Ghidoli, María de Lourdes (ed.). *El asedio a la libertad. Abolición y posabolición de la esclavitud en el Cono Sur* (Buenos Aires: Biblos, 2020).

⁸⁶ Ver Censo de Población de Buenos Aires, 1855, Parroquia de San Miguel, cuartel 18°, cédula censal 65. Victorino no era el único sirviente de la casa. Junto con él habían sido anotadas la niña Indalecia López, de 13 años, y Rudecinda

También en septiembre de 1852, una nueva acta era firmada en la defensoría de menores. En ella, Manuel Villafañe declaraba haber recibido de don Antonio Olivera la cantidad de mil pesos moneda corriente, “en concepto de venta del patronato de una negrita llamada Encarnación”, la que sería libre a la edad que la ley prescribía.⁸⁷ Villafañe no era el padre de Encarnación, sino probablemente el antiguo amo de su madre. Estas experiencias ponen de relieve que en los primeros años de la década de 1850 continuaba apelándose a las disposiciones elaboradas tras la sanción de la ley de libertad de vientres de 1813 para establecer la colocación laboral de niños y niñas afrodescendientes aun cuando se tratara de hijos de mujeres pardas, negras y morenas formalmente libres. La circulación de niños y niñas colocados para servir a sus patronos, como Encarnación y como Bictorino, podía involucrar incluso transacciones de compraventa. En las actas analizadas no se hacía mención de compensación monetaria de ningún tipo para los menores o sus padres o madres. Y les estaba vedado a padres y madres entrar en contacto con sus hijos una vez que cedían esos derechos de patronato. El trabajo realizado por niños y niñas aparecía como una suerte de contraprestación de la “consideración”, “protección” y “educación” que brindaban los nuevos patronos. Y este trabajo podía extenderse, como en el caso del niño Bictorino, por más de 15 años.

El gobierno que sucedió a Juan Manuel de Rosas, encabezado por antiguos opositores que habían permanecido en el exilio hasta 1852, buscó de diferentes modos distanciarse en términos simbólicos de su predecesor. Frente a la noción de que aquel gobernador había beneficiado a la población afrodescendiente, no era raro que en la prensa se señalara como resabio de otro tiempo o signo de desvarío la identificación de muchos morenos y morenas con Rosas a fines de la década de 1850.

“A los gritos descompasados de ‘Viva Rosas, Mueran los salvajes Unitarios, un barrio entero pierde su tranquilidad nocturna (...) Es una infeliz morena media demente quien los pronuncia, pero con una voz estentórea capaz de hacer mover a un muerto. Varios vecinos de la parroquia del Socorro nos piden preguntemos ¿por qué no se conduce a esa pobre morena a la Convalescencia?”⁸⁸

Benavídez, una mujer de 30 años. Dos mujeres de 55 y 70 años figuraban como sirvientas también, pero no se mencionaba que fueran “de color”, como el resto. Esto mostraba, por un lado, que el comerciante Goya probablemente hubiera obtenido al menos a Victorino y a Indalecia en arreglos de trabajo equivalentes al patronato. Por otro lado, que Victorino llevara su apellido revelaba la continuidad de una práctica que había sido usual entre amos y esclavos a comienzos del siglo XIX.

⁸⁷ AGN, SNAF 294, 31/8/1852.

⁸⁸ *El Nacional*, 12/10/1858, p. 3.

En paralelo, en esas mismas páginas, destacaban los relatos en los que se describían visitas a salones de París y su elegante concurrencia. El gusto por lo francés también se plasmaba en anuncios que publicitaban la aparición de gabinetes ópticos en el centro de la ciudad: se trataba de establecimientos que exhibían vistas fotográficas de lugares distantes, en los que nunca faltaba una imagen del Palacio de Versalles, sus jardines y alrededores. En el aviso se destacaba que la entrada costaba \$5, pero que no se permitiría el ingreso a personas sin “traje decente”.⁸⁹ Por otra parte, abundaban las publicidades de librerías céntricas que ofrecían traducciones de novelas francesas contemporáneas.⁹⁰

Entre tanto, en 1858, aparecía en Buenos Aires el periódico *El Proletario*, llevado adelante por y para personas afrodescendientes. En su primer número se hacía eco de la existencia de múltiples sociedades africanas en la ciudad y convocaba a “reunirse y asociarse toda la comunidad de color, sin excepción de personas, bajo la dirección de sus hombres más competentes”.⁹¹ Una década más tarde, quedaba registro en expedientes del juzgado del crimen que existían vedas de ingreso en algunos locales de ocio y esparcimiento. En marzo de 1871, Augusto Noyé, dependiente del Lupanar de la calle de Lorea n°57 fue herido de dos puñaladas por el pardo Francisco Cufre, quien declaró que el motivo fue que el dependiente le dio “una bofetada al preguntarle por qué no dejaba entrar a los negros al lupanar.”⁹² Es posible que estos hechos aislados no alcancen a dar cuenta de la complejidad de la experiencia racializada de la ciudad pero habilitan preguntas acerca de las segmentaciones y jerarquías que moldearon los modos de ganarse la vida en Buenos Aires y permiten entender bajo otra luz la experiencia específica de modistas francesas y lavanderas afroporteñas.

Palabras finales

A lo largo de este artículo me propuse realizar un acercamiento a zonas, espacios, circuitos por los cuales transitaron diferentes trabajadoras de la ciudad. Argumenté que observar sus trayectorias hace posible distinguir la

⁸⁹ *El Nacional*, 27/4/1855, p. 3.

⁹⁰ Ver por ejemplo avisos de *El Nacional*, Librería del Plata, 13/2/1856, p. 3, y Librería Central de Lucien e Hijo, 7/5/1856, p. 3, donde se ofertaban títulos del novelista Alexandre Dumas.

⁹¹ *El Proletario*, 18/4/1858. Acerca de esta publicación y de la proliferación de diferentes asociaciones y clubes de africanos y afrodescendientes, véase Gustavo Goldman, *El espacio afrorrioplatense: clubes de afrodescendientes bonaerenses y montevidéanos en el último tercio del siglo XIX* (Tesis de Maestría en Historia Rioplatense, Universidad de la República, 2015).

⁹² AGN, Juzgado del Crimen, C-2 1871, Contra Francisco Cufre por heridas a Augusto Noyé, f. 1.

forma que fue cobrando esa ciudad en la segunda mitad del siglo XIX, tanto en términos de los trabajos necesarios para su funcionamiento como por el modo en que los mismos fueron ubicándose de modos diferenciales sobre el espacio urbano. Busqué mostrar que en este núcleo urbano resonaba tanto la francofilia de las clases altas porteñas que soñaban con París, como las mutaciones de un mercado de trabajo cuyos nichos y jerarquías guardaban rastros de un reciente pasado esclavista. Señalé que en esta ciudad, las distancias sociales tomaban cuerpo no solo en el color de la piel o en el acento al hablar, sino también en las ropas vestidas, en el material del que estaban contruidos los lugares de morada y en las labores realizadas. Pero, así como el circuito laboral de unas se desplegaba distante y paralelo al de las otras, también existían espacios urbanos que muy probablemente hayan sido comunes a todas. En tanto que trabajadoras, estas mujeres quizás hubieran adquirido los alimentos con los que cocinaban en los mismos mercados; tal vez habrían paseado por el mismo muelle de pasajeros, aunque la vista de ese río que se fundía con el Atlántico las hiciera evocar pasados distintos. La llegada del ferrocarril debió de haber implicado para todas ellas una alteración del paisaje urbano, así como de la vivencia de tiempo y distancias a recorrer. A su vez, busqué señalar las dificultades específicas que atravesaron para mantener sus negocios. Y a partir de evidencia reunida, sugerí que la posibilidad del trabajo colectivo —no exento de jerarquías, tal vez prolongación de una comunidad étnica que implicaba también ocios y festejos compartidos— pudo haber sido un medio de aligerar tales dificultades.

Title: Between Washes and Stitches. The city of Buenos Aires Seen through Female Labor in the second half of the 19th century

Abstract: What insights can be gained about the city by studying sites, circuits, and female work arrangements in mid-nineteenth century Buenos Aires? This article proposes an exploration of the spaces where women engaged in various occupations, aiming to identify the changes experienced by the city and its inhabitants that opened up new opportunities for women's work. By analyzing census sources, press materials, police and judicial files, employment records, and commercial yearbooks, this research aims to reconstruct the occupations of laundresses and dressmakers, shedding light on their role in the daily life of the city. By focusing on their experiences, it becomes possible to discern the hierarchies and inequalities shaped by gender and race, which influenced distinct ways of inhabiting the city within the context of alternating political projects that, in turn, impacted the physical and legal boundaries of the urban area.

Keywords: female work, 19th century, city of Buenos Aires, social history from a gender perspective

Título: Entre lavagens e costuras. A cidade de Buenos Aires vista através do trabalho feminino na segunda metade do século XIX

Resumo: Que dimensões da cidade podem ser conhecidas ao estudar lugares, circuitos e arranjos de trabalho feminino na cidade de Buenos Aires em meados do século XIX? Este artigo se propõe a explorar espaços onde diferentes mulheres ganhavam a vida e distinguir quais mudanças pelas quais a cidade e sua população passaram abriram novas possibilidades para o trabalho feminino. Através do estudo de fontes censitárias, imprensa da época, arquivos policiais e judiciais, registros de empregos e anuários comerciais, esta pesquisa visa reconstituir o trabalho de lavadeiras e costureiras e explorar seu papel no cotidiano daquela cidade. Prestar atenção às suas experiências permite distinguir hierarquias e desigualdades atravessadas por gênero e raça que influenciaram as formas diferenciadas de habitar a cidade no contexto de uma alternância de projetos políticos que, por sua vez, impactaram os contornos físicos e jurídicos daquele centro urbano.

Palavras-chave: trabalho feminino, século XIX, cidade de Buenos Aires, história social desde uma perspectiva de gênero